

CAPITULO III

Matanza de Nancy (31 de Agosto de 1790)

El sacerdote y el inglés han sido la tentación de la Francia.— Interpretación de los realistas y los constitucionales.— El rey de la burguesía, M. de Lafayette, un anglo-americano.— Agitación del ejército.— Irritación de los oficiales y de los soldados.— Persecución del regimiento de Chateau-vieux.— Lafayette seguro de la Asamblea y de los jacobinos, se entiende con Bouillé y le autoriza á dar un golpe.— Se provoca á los soldados (26 de Agosto del 90); Bouillé marcha sobre Nancy, rechaza toda condición y da lugar al combate (31 de Agosto).— Matanza de los Varenenses abandonados.— El resto ajusticiado ó enviado á galeras.— El rey y la Asamblea dan las gracias á Bouillé.— Loustalot se muere (Septiembre).

El obstáculo de nuestra Revolución, como en todas las otras, fué el egoísmo y el miedo. Pero el obstáculo especial que caracteriza históricamente la nuestra, es el odio perseverante con que la persiguió por toda la tierra el sacerdote y el inglés.

Odio funesto en la guerra, más fatal en la paz, asesino en la amistad. Nosotros le sentimos todavía hoy.

Han sido para nosotros no solamente la persecución, sino lo que es más demoledor, la tentación. A la multitud simple y crédula, á la mujer, al campesino, el clérigo ha dado la opinión de la Edad Media, llena de turbación y de malos sueños. El burgués ha bebido el opio inglés con todos sus ingredientes de egoísmo, confortable bienestar, libertad sin sacrificio; la libertad que resultaría de un equilibrio mecánico, sin que el alma interviniese para nada; la monarquía sin virtud, como la explica Montesquieu; *garantizar sin mejorar, garantizar* sobre todo el egoísmo. He aquí la tentación.

Cuanto á la persecución, es esta historia la que debe contarla. Comienza con una erupción de libelos de ambos lados del estrecho, por las falsedades impresas. Continuará siempre por una emisión no menos espantable de falsedades de otro género, falsas monedas, falsos asignados. La gran fábrica de estas falsedades era pública en Birmingham.

Esta nube de mentiras, de calumnias, de acusaciones absurdas, como un ejército de insectos inmundos que el viento arroja en el estío, tuvo su resultado inmediato, el de lanzar millones de moscas punzadoras en los flancos de la Revolución para hacerla furiosa y enloquecerla, después de obscurecer la luz, de ocultar tan bien el día, que muchos tenidos por clarividentes andaban á tientas en pleno mediodía.

Los débiles que hasta entonces iban por impulso, por sentimiento, sin principios, perdieron el camino y se pusieron á preguntar: ¿Dónde estamos? ¿A dónde vamos? El tendero comenzó á dudar de una revolución que hacía emigrar á los compradores. El burgués rutinario, casero, forzado á cada momento á dejar su hogar al sonido del tambor, estaba irritado, «quería acabar.» Parecido completamente en esto á Luis XVI, hubiera sacrificado su interés, su trono si hubiera sido necesario, antes que renunciar á sus costumbres.

Este estado de irritación, esta necesidad de reposo, de paz á cualquier precio, llevó muy lejos á la burguesía y á M. de Lafayette, el rey de la burguesía, hasta un desprecio sangriento que tuvo sobre la marcha de los acontecimientos una influencia incalculable.

No se pierden tan fácilmente las ideas propias, los hábitos de raza. M. de Lafayette, levantado por algún tiempo sobre sí mismo por el movimiento de la Revolución, volvía poco á poco á ser el marqués de Lafayette. Quería ayudar á la reina y atraerla, quería complacer también, no hay manera de dudarlo, á madame de Lafayette, mujer excelente, pero devota, entregada como tal á las ideas retrógradas, y que hacía decir diariamente misa en su capilla por un clérigo no juramentado. A estas influencias íntimas de la familia, añadid su parentela, toda ella aristocrática, su primo M. de Bouillé, sus amigos, todos ellos grandes señores; en fin, su estado mayor, formado de nobleza y de aristocracia burguesa. Bajo una apariencia firme y fría no estaba menos ganado, cambiado á la larga por estas amistades contrarrevolucionarias. Una cabeza mayor aún no hubiera resistido.

La federación del Campo de Marte puso el coronamiento á esta embriaguez. Una multitud de gente fervorosa y honrada que tanto había oído hablar de Lafayette en sus provincias y que al fin tenían la dicha de verle, dió el espectáculo más ridículo; le adoraban, así como se dice; le besaban las manos y las botas.

Nada más sensible que un dios, y por esto nada más irritable: la situación misma era por demás irritante. Estaba llena de contrastes, de alternativas violentas. El dios se veía obligado, en los azares del tumulto, á hacerse comisario de policía, gendarme si era preciso; una vez le ocurrió, no obteniendo obediencia alguna, tener que prender por su propia mano á un hombre y llevarlo él mismo á la prisión.

La grande y soberana autoridad que hubiera envalentonado á Lafayette y le hubiera contenido en sus pruebas era lo de Washington, pero le faltó completamente. Washington era, como es sabido, el jefe

del partido que quería fortalecer en América la unidad de gobierno. El jefe del partido contrario, Pefferon, había contribuido mucho á aumentar el impulso de nuestra Revolución. Washington, á pesar de su extrema discreción, no ocultaba á Lafayette su deseo de haberla podido contener. Los americanos, salvados por la Francia y temiendo ser llevados por ella demasiado lejos contra los ingleses, habían creído pru-



DUMOURIEZ

dente reconcentrar su reconocimiento sobre dos individuos: Lafayette y Luis XVI.

No comprendieron bastante nuestra situación y estuvieron demasiado con el rey contra la Francia. Una cosa además los enfrió, en la que no habíamos podido soñar, pero que hería su comercio: la decisión de la Asamblea sobre los tabacos y los aceites.

Los americanos, tan firmes contra Inglaterra en todo negocio de interés, son débiles partidarios suyos en las cuestiones de ideas. La literatura inglesa es siempre su literatura. La cruel guerra de prensa que

nos hacían los ingleses, influyó sobre los americanos, y por ellos sobre Lafayette. Por lo menos no le sostuvieron en sus primitivas aspiraciones republicanas. Emplazó este alto ideal, se allanó al menos provisoriamente, á las ideas inglesas, á un cierto eclecticismo bastardo angloamericano. Americano él de ideas, era inglés de cultura y hasta un poco por el semblante y el aspecto.

Por esta interinidad inglesa, por este sistema de realza democrática ó de *democracia real* que, decía él, no era buena más que por unos veinte años, hizo una cosa decisiva, que pareció detener la Revolución y la precipitó.

Retrocedamos á los antecedentes:

Desde el invierno del 90, el ejército fué trabajado por dos puntos á la vez; de un lado por las sociedades patrióticas; del otro por la corte, por los oficiales, que probaron como se ha visto á persuadir á los soldados de que habían sido ofendidos en la Asamblea nacional.

En Febrero la Asamblea aumentó el sueldo en algunas monedas. En Mayo el soldado no había recibido nada de este aumento que vino á ser insignificante, empleado casi totalmente en imperceptible añadido á las raciones de pan.

Retardo largo y resultado nulo. Los soldados se creyeron robados. Hacía tiempo que acusaban de poca delicadeza á los oficiales, porque no daban cuenta alguna completa de las cajas de los regimientos. Lo seguro es que los oficiales eran, por lo menos, contadores muy descuidados, muy distraídos, enemigos de escrituras y recibos y pésimos calculadores. En los últimos años sobre todo, con la pesadez universal de la antigua administración, la contabilidad militar parecía no existir. Citaré un regimiento: M. de Chatelet, coronel del regimiento del rey, ni contaba ni inspeccionaba.

Los soldados de M. de Bouillé formaron comités, escogieron diputados que reclamaran cerca de los superiores, por lo pronto con moderación, sobre las retenciones que se habían hecho: «*Las reclamaciones eran justas, aquello iba derecho.*»

El añadía que entonces parecieron injustas y *exorbitantes*. ¿Quién sabe? Con una contabilidad tan irregular ¿quién podía hacer bien el cálculo?

Brest y Nancy fueron el teatro principal de esta extraña disputa, en la que el oficial, el noble, el gentilhomme eran acusados como estafadores.

Los oficiales recriminaron violentamente. Fuertes en su posición de jefes y en su superioridad en la esgrima, no perdonaron ninguna insolencia al soldado, y al burgués amigo del soldado.

No se batían con el soldado, pero lanzaban contra el maestro de armas espadachines pagados, que seguros de sus golpes le ponían en la alternativa ó de una muerte cierta ó de retroceder, quedando en ridículo.

Se halló uno en Metz, que disfrazado por los oficiales, pagado por ellos á tanto por cabeza, iba por las noches ya vestido de guardia nacional, ya de burgués, á insultar, á herir y á matar. El que rehusaba háberse las con esta espada infalible, era al día siguiente proclamado cobarde en el cuartel, y burlado como un objeto de diversión y de chacota insufrible.

Los soldados hicieron por coger al farsante, reconocerlo, hacerle decir los nombres de los oficiales que le prestaban sus disfraces. No se le hizo daño, se le castigó solamente con ponerle una gorra de papel y en ella su nombre: *Iscariote*.

Los oficiales descubiertos pasaron la frontera y entraron como tantos otros en los cuerpos que Austria dirigía contra Brabante.

Así se realizaba la división nacional. El soldado se acercaba al pueblo, los oficiales se unían al extranjero.

Las federaciones fueron una ocasión nueva para que la división estallara.

Los oficiales se desenmascararon cuando se les exigió el juramento. Impuesto por la Asamblea, retardaron el momento de prestarlo, y cuando lo hicieron aparentaron una ligereza que contribuyó á aumentar el desprecio y el odio que tenía el soldado hacia sus jefes. Así quedaron los oficiales envilecidos. He aquí el estado del ejército, su guerra interior. Y la guerra exterior estaba muy próxima. El último estallido fué en Julio, cuando el rey acordó permitir el paso de los austriacos que querían ahogar la revolución de los Países Bajos. El paso ó la permanencia... ¿Quién sabe si se quedarían ó no, si el buen hermano Leopoldo alojara fraternalmente á Mezieres ó Givet?... La población de los Ardenes, no fiándose en manera alguna de un ejército tan dividido ni de Bouillé que lo mandaba, quiso defenderse por sí misma.

Treinta mil guardias nacionales se aterraron; marcháronse con los austriacos en cuanto se supo que la Asamblea nacional había negado el paso.

Los oficiales, por el contrario, no ocultaban delante de los soldados la alegría que les inspiraba el ejército extranjero. A uno que preguntaba si realmente los austriacos llegarían: «Sí, le dijo un oficial, vienen y es para castigaros.»

Sin embargo, los duelos continuaban de una manera aterradora. Se los empleaba como en Lille para la extinción del ejército. Se aprovechaban las disputas, las vanas rivalidades que surgen entre los cuerpos, frecuentemente sin que se sepa por qué. En Nancy iban á batirse mil quinientos contra otros mil quinientos; un soldado se arrojó entre ellos, los obligó á explicarse y les hizo volver la espada á la vaina.

Se daban despedidas en conjunto (¡al frente del enemigo!); muchos soldados eran reenviados de una manera infamante, con cartuchos vacíos.

Estas eran las cosas allí, cuando el regimiento del Rey estaba en

Nancy con otros dos (Mestre de Camp y Chateaufieux, un regimiento suizo), acordándose pedir cuentas á los oficiales y haciéndolas pagar. Esto tentó á Chateaufieux. El 5 de Agosto envió dos soldados al regimiento del Rey para pedir razón sobre el examen de las cuentas. Estos pobres suizos se creían franceses, querían portarse como franceses; se les recordó grosera y cruelmente que eran suizos. Sus oficiales, en términos de capitulación, eran sus jefes supremos para la vida y para la muerte. Oficiales, jueces, señores y dueños los unos, patronos de las poblaciones soberanas de Berna y Friburgo los otros, señores feudales de Vaud y de otros países sometidos, que daban á sus vasallos lo que ellos recibían en desprecio de Berna. La conducta de sus soldados les pareció tres veces culpable: soldados sometidos y vasallos nunca podían ser castigados todo lo cruelmente que merecían. Y los dos soldados enviados fueron baqueteados vergonzosamente en plena parada. Los oficiales franceses presenciaron esto y lo admiraron. Luego felicitaron á los oficiales suizos por su inhumanidad.

No habían ellos calculado cómo tomaría esto el ejército. La emoción fué violenta. Los franceses todos sintieron el golpe que daban á los suizos.

Este regimiento de Chateaufieux era y merecía ser querido del ejército francés. El fué el que en 14 de Junio del 89, formado en el Campo de Marte cuando los parisienses iban á tomar las armas á los Inválidos, declaró que jamás dispararía sobre el pueblo. Evidentemente su negativa paralizó á Besenval y dejó á París libre y dueño de marchar sobre la Bastilla.

¡No hay que admirarse! Los suizos de Chateaufieux no eran de la Suiza alemana, sino hombres del país de Baud, de los campos de Lausana y de Ginebra. ¿Hay algo más francés en el mundo?

Hombres de Baud, hombres de Ginebra y de Saboya: nosotros os dimos á Calvino; vosotros nos disteis á Rousseau. Que esto sea entre nosotros un sello de alianza eterna. Vosotros os declarasteis nuestros hermanos desde la primera mañana, desde el primer día, desde el momento verdaderamente formidable en que nadie podía prever la victoria de la libertad.

Los franceses fueron á acoger á los dos suizos castigados por la mañana, los vistieron con sus trajes, les cubrieron la cabeza, les pasearon por la ciudad y obligaron á los oficiales suizos á dar á cada uno de los dos soldados cien lises de indemnización.

El movimiento de indignación no fué al pronto más que un estallido de buenos sentimientos, de equidad, de patriotismo; pero dado el primer paso, obligados una vez los oficiales á pagar aquella indemnización y una vez amenazados, siguieron naturalmente otras violencias.

Los oficiales, en lugar de dejar las cajas de los regimientos en el cuartel, donde según los reglamentos debían estar, las habían puesto en casa del tesorero, y decían de un modo insultante que ellos las ha-

rían guardar por la mariscalía como amenazadas de ladrones. Los soldados á su vez y en desquite, decían que era muy de temer que los oficiales se llevaran las cajas y se pasaran al enemigo. Pusieronlas, pues, en el cuartel. Estaban poco menos que vacías. Nuevo motivo de acusación. Los soldados hicieron dar á cuenta de los que se les debía cantidades



SANTERRE

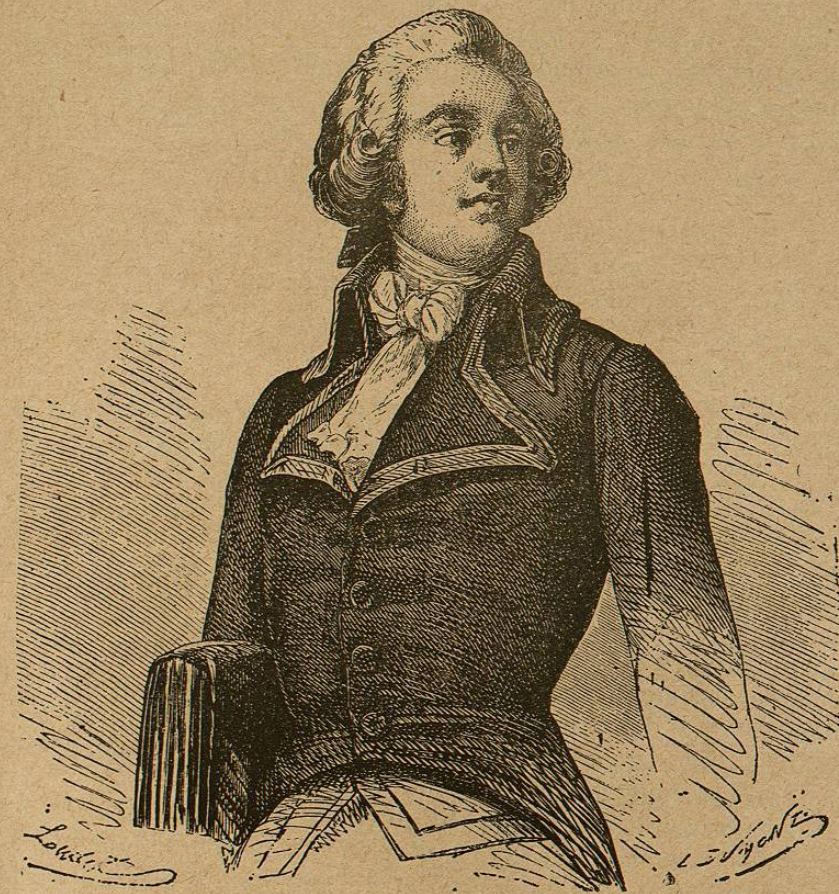
con las cuales los franceses obsequiaron á los suizos y los suizos á los franceses y después á los pobres de la ciudad.

Estas orgías militares no entrañaban ningún desorden grave, si hemos de creer el testimonio de los guardias nacionales de Nancy ante la Asamblea. Sin embargo, tenían algo de alarmante. La situación exigía un pronto remedio.

Ni la Asamblea ni Lafayette comprendieron lo que era necesario hacer.

Lo que hubiera debido comprenderse al momento es que de ningún

modo eran aplicables las reglas ordinarias. El ejército no era sólo un ejército. Había allí dos pueblos, uno enfrente de otro, dos pueblos enemigos, los nobles y los que no eran nobles. Estos últimos, los soldados, habían vencido por la Revolución; por ellos se había realizado ésta. Creer que los vencedores continuarían obedeciendo á los vencidos, quie-



NARBONA

nes además los insultarían, era creer una insensatez. Bastantes oficiales se habían pasado ya al enemigo; los que quedaban habían aplazado, declinado el juramento cívico. Era realmente dudoso que el ejército hubiera podido obedecer á los amigos del enemigo.

Una sola cosa había razonable, practicable, la que aconsejaba Mirabeau: «Disolver el ejército, reconstituirlo.» La guerra no era eminente porque no hubiese habido tiempo de hacer esta operación. El obstáculo, el grave obstáculo era que los poderosos de la época, Mirabeau mismo,